

María Gimena Nikonowicz

La Roma del ruso, los muñecos, el vino, la música, el intelectual y el obrero

Primer premio del Sexto Concurso Literario Gramma

A la «Nostalghia» de Andrey Tarkovsky

Un muñeco pelado espera de costado
a que sus piernas se le devuelvan,
mientras de tanto en tanto
yo cavo zanjas de miserias,
abro surcos en este campo
aunque en cada palada
lo que abro se cierra.

Sobre la campiña inundada de rías
todo lo que corre en agua es rojo.
A los costados del paisaje campestre
como si se tratase del marco de un cuadro
se erigen paredes de ciudades italianas;
suben y crecen columnas de catedral
se reaniman monumentos de héroes innobles
se dibujan viejas y colosales plazas,
todo lo que aparece firma en italiano.
Mientras tanta ostentación eleva a toda Roma
lo rojo que corre por las rías del pasto verde
se hunde en un pozo hondo, tope de la muerte.
Se sepulta la campiña con lo rojo y lo verde,
allí se va el muñeco mutilado
junto a mis posibles surcos no arados.
Roma nace por cesárea,
el resto desaparece.

No tengo cruces para los muertos de cera.
Los pastores de las articuladas cabras
son exiliados de los rebaños
mientras lo blanco articulado
muere de inanición.
Fallo en el intento de apalear el frío
sólo me monto un trapo tejido de traición.
En lo onírico revuelvo por un poco de calor
hasta hallar el aliento opaco de unos labios
que a mi iris y pupila de vapor empañó.
Noté que sólo se trataba del diablo que expiró.

En las ciudades me llaman loca.
En los campos helados nadie se jactó
ni de la locura, ni de los muertos;
tampoco de Dios.

En esta noche ardiente
la Roma me invoca de costado,
tras corretearla me escondo en un rincón
en el albergue de un fósforo
del que emana el calor.

A lo cerca
unas pequeñas y toscas botas
ritmean a mis pies,
armando la distancia
entre el tenor
y la ópera itálica que sonó.
Durante una rea pretensión
el ánimo me llevó a mirar hacia lo alto
y el techo nublado del mundo estalló.
Por las grietas que se abren
contemplo la espesura del agua deslizándose
por la comisura labial de los dioses embriagados;
pronto sus babas nauseabundas
me llovieron las pupilas
oxidaron la bisagra de mis ojos
y el iris se hizo bordó.

La transformación indebida se cumplió:
el Olimpo se convirtió en bátraro
la ópera itálica en disco rayado,
los ancestros se levantaron, se destumbaron
y el baile epopéyico se inauguró.
Canta el disco rayado
a través del viejo tocadiscos
con púa sucia y abierta de asco.
La música patinando aturde
mas todos rien con fervor.

Música, carcajadas y fiesta...
todo un delirio se construyó.
Me ilusioné en ser sabia...
pero pronto retornó lo enterrado,
el flaco muñeco pelado de encierro
que la rebelde tierra resepuó.